Pola Oloixarac, ayer, en Barcelona. / ANTONIO MORENO

«Entendimos mal a Borges, las teorías son literatura»

La argentina Pola Oloixarac revoluciona el panorama literario con 'Las teorías salvajes', su brutal primera novela

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

A los 15 leía a Sabato, ahora colecciona orquídeas. Le gustan las películas de Todd Solondz, crueles y valientes, y las canciones tristes de Morrissey, igualmente crueles, sinceras y valientes. Cree que la filosofía es el *playground* de Satán y su primera novela, *Las teorías salvajes* (Alpha Decay), ha hecho saltar por los aires todo lo que se entendía por *nueva* literatura argentina, a base de un discurso musculoso (construido a conciencia, imposible de derribar) y sugerente, erótico y erudito a partes iguales, sí, transgresor pero también concienzudamente *borgiano*. «Creo que a Borges lo entendimos mal», dice su autora, Pola Oloixarac (Buenos Aires, 1977), que no se sintió «cómoda» escribiendo hasta que decidió que las teorías que corretea-ban por su cabeza «también» eran y debían ser literatura.

«Vivía en un universo empírico que nunca metía en lo que escribía. Lo de separar ambos mundos tiene algo de herencia *borgiana*. Escribir nos parece un trabajo superintelectual que no tiene nada que ver con el universo empírico. Pero no es verdad. Hasta que no me di cuenta de eso no empecé a pasarlo bien escribiendo, desde entonces soy feliz», sentencia Pola, que sonríe a menudo. Se está bebiendo un zumo de naranja y dice que antes «sólo sufría» escribiendo. También dice ser fan de Mario Bellatin, Alejandra Pizarnik y Nabokov. «Amo a Nabokov». De hecho leyó una y otra vez *Lolita* y *Pálido fuego* mientras escribía *Las teorías salvajes*. Lo de su afición por las teorías es otra historia. Una historia que tiene mucho que ver con uno de los protagonista de la novela, Pablo, también conocido como Pabst, terriblemente feo pero inteligentísimo. «Yo también me dedicaba a tratar de ganar siempre en todas las discusiones, jugaba, y todavía lo hago, a encontrar el argumento definitivo», confiesa.

> «Escribir nos parece un trabajo superintelectual que no tiene nada que ver con lo empírico»

> «Amo a Nabokov. Leí una y otra vez 'Lolita' y 'Pálido fuego' mientras escribía», confiesa

Pero, ¿qué pasa en *Las teorías salvajes*? Pues pasa que la narradora tiene una gatita a la que llama Montaigne y un pececito rojo, llamado Yorick, y está elaborando *la* teoría definitiva, mientras juega a dejarse someter por un bestia llamado Collazo y trata de seducir a su profesor (un tal Augustus, que huye de ella). Mientras, Pabst se lía con la rarísima Kamtchowsky, y elaboran un millón de teorías sobre lo que la inteligencia le debe a la fealidad, hasta que Andy y Mara los abordan en una fiesta y les proponen formar una extraña «pareja» a cuatro. Lo raro es que Andy y Mara son demasiado guapos y están dispuestos a desmontar todas sus teorías. Y luego está Van Vliet, el investigador, «antecedente fantasma» de la propia narradora, «totalmente enamorado de su objeto de estudio». Los tres universos se entrecruzan a un ritmo trepidante.

Se cita mucho en *Las teorías salvajes*. Se cita a Leibniz y se habla de la peluca de Descartes. Y hasta se transcriben, a modo de «piezas arqueológicas», anuncios de Levi's y horóscopos de revistas femeninas. «Tan siniestros que han llegado a creer que me los he inventado, pero son reales, me gustaba la idea de rescatarlos y darles ese toque arqueológico», dice Pola, que confiesa leer «bastante chatarra», siempre más de un libro a la vez y «de forma caótica». «Leo muchísimo, me paso la vida leyendo», asegura. Leyendo y escribiendo. Ya tiene en marcha su próxima novela y lo único que puede decirnos de ella es que «va sobre plantas». «Me encantan las plantas». Reconciliada definitivamente con Borges, escribe bajo su sombra. «Es un fantasma divino, me gusta tenerlo cerca».

Segunda edición en una semana

L. F. / Barcelona

Pola empezó a escribir 'Las teorías salvajes' en 2005 (es decir, a los 28 años) y lo publicó en 2008, en la editorial argentina Entropía. El libro, un tratado retorcido sobre «lo que hay en el fondo de todas las cosas» (a su autora le gusta teorizar y analizar todo lo que hace y lo que hacen todos los que la rodean), se convirtió en una pequeña joya de culto, sin hacerse excesivamente visible. Su desembarco en España, dos años después, ha superado todas las expectativas. En menos de una semana, se ha puesto en marcha la segunda edición.

Las críticas no sólo han sido favorables, sino que han llegado a calificar su novela de «el gran acontecimiento de la nueva narrativa argentina». Algo que Pola no acaba de creerse. «No sé qué pensar de todo esto, lo importante es tener lectores», dice Pola, devoradora de ensayos, que aúna «tensiones» en su novela y ha pasado muchas tardes en la biblioteca (y en la hemeroteca) reuniendo el material que le ha permitido construir ese edificio indestructible al que ha llamado 'Las teorías salvajes'.

CLÁSICA

Ruido y muy pocas nueces

ORQUESTA FILARMÓNICA NACIONAL RUSA

Vladimir Spivakov, director. / Obras de Chaikovsky y Shostakovich. / Escenario: Palau de la Música Catalana. / Fecha: 15 de marzo.
Calificación: ★★

JOSÉ LUIS VIDAL / Barcelona

Si, como decía una nota del programa de mano, la fundación de la Orquesta Filarmónica Nacional Rusa fue un encargo del entonces presidente Putin cuyo objetivo era restaurar e impulsar el desarrollo de las tradiciones nacionales e internacionales de la interpretación orquestal, la verdad es que, a juzgar por la muestra, los objetivos no se han alcanzado ni de lejos. La orquesta es materialmente buena –probablemente sería mucho más interesante «si tuviese buen señor»– y Spivakov, extraordinario violinista, apareció en este concierto como un director de posibilidades limitadas, como su gesto.

Venir de tan lejos para ofrecer esta *Quinta* de Chaikovsky, es excesivo. Después de la lección de severidad y profundidad de Mravinskij, la interpretación de Chaikovsky se ha encaminado por derroteros muy beneficiosos que Spivakov, dando rienda suelta a los metales y las baterías, en plan más «Hollywoood» que San Petersburgo (allí se creó la *Quinta* en 1888), tuvo muy poco en cuenta.

Salvada la bondad de las cuerdas (cuando se podían oír, y dice mucho de ellas que era a menudo) y algún momento de mayor empatía, como en el delicioso vals, lo demás fue una versión sin interés y, en demasiados momentos, tan poco equilibrada, con tan excesivo volumen, tan dura y con atención tan avarara por los largos momentos cantables.

Curiosamente, la versión de la *Quinta* de Shostakovich, muchísimo más interesante, convirtió en cierta manera en virtud los defectos que antes hemos reprochado a la versión de Chaikovsky. La «dureza» del director benefició a esta segunda *Quinta*. Los vastos planos sonoros, bruscamente contrapuestos, los tensos e intensos unísonos de las cuerdas, los implacables *ostinati*, todo eso parece estar más acorde con el temperamento de Spivakov o, en todo caso, parece vertirlo con mucha más convicción.

El final de esta *Quinta* de Shostakovich fue una apotesosis, una demostración de potencia, trepidación y triunfo, justamente lo que Shostakovich quería que fuera tan evidente como para inducir al oyente a preguntarse por la cara oculta –el pesimismo crítico, la protesta reprimida, (auto)censurada–. Los asimismo apoteósicos aplausos ¿podrían ser también susceptibles en alguna medida de una cierta doble lectura? No sé.